encomendábales que tuviesen oración, y como tenía alguna experiencia de lo que era, enseñábales el modo de meditar, y les facilitaba libros á propósito. Aborrecía todo género de fingimientos é hipocresía, y no pudiendo sufrir que, andando tan distraida, la tuviese su padre por tan devota y espiritual como antes, vínole á declarar el haber dejado la oración mental, poniendo por pretexto los achaques que le habían quedado de sus pasadas enfermedades. Creyóla D. Alonso, y hubo lástima de ella, aunque más la tuvo Dios, dando trazas para que de nuevo tornase á la oración de la manera que iremos diciendo.

CAPÍTULO VI.

Asiste Teresa á D. Alonso en su última enfermedad. —Torna á la oración abandonada.—Lucha terrible que se levantó en su corazón.—Qué se ha de pensar de los pecados que ella tanto pondera.—Constancia y fortaleza de la Santa en acudir á la oración en medio de las sequedades y tristezas de espíritu que hubo de experimentar por espacio de unos veinte años.

ERCA de 25 años contaba Teresa cuando Don Alonso, después de pasar algunos trabajos con que el Señor se dignó ejercitarle, para más acrisolar su virtud, cayó gravemente enfermo. Tuvo de ello noticia la Santa, y conociendo la necesidad en que su buen padre se veía, pidió licencia para salir del monasterio, y poderle acudir en la última enfermedad. Aunque no se encontraba muy entera de salud, sacó fuerzas del amor, y quiso pagar con cuidadosa asistencia los desvelos que por ella había tenido su buen padre durante toda la vida. Con el fin de no

acongojarle más, reprimía Teresa con esforzado ánimo el sentimiento grandísimo que experimentaba al ver que se le moría; y aunque interiormente no cabía de pena, no lo mostraba en lo exterior, y vióse bien claro en este caso el magnánimo corazón que el Señor había dado á su Sierva. Fué cosa para alabar á Dios la muerte dulce y tranquila del fervoroso cristiano, y los piadosos y edificantes consejos que daba á sus hijos después de haber recibido la Extremaunción. Encargábales le encomendasen á Dios, y le pidiesen misericordia para él, y que siempre le sirviesen, y miraran se acababa todo. «Estuvo tres días, cuenta la Santa, muy falto el sentido. El día que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos; y le tuvo hasta la mitad del credo; diciéndole el mesmo, espiró. Quedó como un ángel; y ansí me parecía lo era él, á manera de decir, en alma y disposición, que la tenía muy buena..... Decía su confesor que era dominico, muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al cielo; porque había algunos años que le confesaba, y loaba su limpieza y conciencia» (1).

Llamábase dicho religioso Vicente Varrón, y no parece sino que Dios le tenía allí guardado para por su medio causar grandísimo provecho en el alma de Teresa. Quiso ésta confesarse con él, abriéndole ingenuamente y con claridad toda su conciencia. Declaróle cómo llevaba ya cerca de un año sin la oración mental que antes solía, y que no osaba tornar á ella, á causa de la indignidad que en sí reconocía para tener trato íntimo con Dios. Echó luego de ver el prudente religioso ser todo traza del demonio, el cual pretendía la ruina de aquella alma privilegiada, y persuadió con eficacia á la engañada Carmelita á entrar de nuevo en el

(1) Vid. c. VII. n. 9.

camino del bien. Con las luces que del cuerdo P. Varrón recibió, disipáronse las tinieblas que ofuscaban el entendimiento de Teresa, y obedeciendo á la voz del Señor que se manifestaba en su ministro, volvió á la abandonada oración; pero con tan resuelta voluntad, que ni los desconsuelos, ni las continuas sequedades de espíritu, ni la batería de importunos pensamientos, que por espacio de más de diez y ocho años hubo de experimertar, fueron bastantes para hacerla desistir. Hubo menester de esforzado ánimo para no dejarse vencer, ni del demonio que le hacía cruda guerra, ni de la grande tristeza que á veces se apoderaba de ella con solo entrar en el oratorio. «Y muchas veces, dice la Santa, algunos años tenía mas cuenta con desear se acabase la hora que tenía por mí de estar, y escuchar cuando daba el reloj, que no en otras cosas buenas; y hartas veces no sé que penitencia grave se me pusiera delante que no la acometiera de mejor gana, que recogerme á tener oración. Y es cierto que era tan insoportable la fuerza que el demonio me hacía, y mi ruin costumbre que no fuese á la oración, y la tristeza que me daba en entrando en el oratorio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo (que dicen que no le tengo pequeño, y se ha visto me lo dió Dios harto más que de mujer, sino que le he empleado mal) para forzarme, y en fin me ayudaba el Señor» (1).

Vuelta ya al trato con Dios por medio de la oración, no por eso se apartó de las ocasiones de conversar con seglares que la visitaban, bien que hacíalo con más recato y menos frecuencia; y el no romper de una vez con estos ligeros lazos, que la tenían de alguna manera asida al mundo, fué causa de que trajese por muchos años continua batería de encontrados afectos.

(1) Vid. c. VIII n. 5.

«Pasaba, dice la Santa, una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguía al mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigos uno de otro, como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo; y ansí no me podía encerrar dentro de mí, que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración, sin encerrar conmigo mil vanidades. Pasé así muchos años, que ahora me espanto qué sujeto bastó á sufrir que no dejase lo uno ú lo otro. Bien sé que dejar la oración, no era ya en mi mano, porque me tenía con las suyas el que me quería para hacerme mayores mercedes... Pasé por este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas, y con levantarme y mal, pues tornaba á caer; y en vida tan baja de perfección, que ningún caso casi hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros: sé decir, que es una de las vidas más penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía á Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban; ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes lo pude sufrir, cuanto más tantos años. Con todo veo claro la gran misericordia que el Señor hizo conmigo, ya que había de tratar en el mundo, que tuviese ánimo para tener oración; digo ánimo, porque no sé yo para qué cosas de cuantas hay en él, es menester mayor, que tratar traición al rey, y saber que lo sabe, y nunca se le quitar de delante» (1).

(1) Vid. c. VII. n. 9 y c. VIII. n. 1.

Hablando el Mtro. León del estado de agonía en que se vió la Santa, cuando aun no había alcanzado victoria completa de sus aficiones, escribe: «Traíale (el demonio) las personas que conforme su natural eran más de su gusto, y venía Dios y en medio de la conversación descubríasele como agraviado y sentido; saboreábale las pláticas y el entretenimiento el demonio, y vuelta de allí á la oración doblábale Dios en ella el regalo y favores, como diciéndole que aquello de que se cebaba en la red era falso, y que su dulzor era verdadero dulzor, y que si gustaba de trato apacible y discreto, el suyo era mucho más discreto, y dulcísimo. Y como los que en competencia de otros tienen alguna afición que se esfuerzan con mayores demostraciones de amor, y con extraordinarios servicios á apartar de los otros y inclinar hacia sí las voluntades de aquellas personas que aman, así parecía que Dios se esmeraba en descubrírsele más, cuanto el mundo y el demonio la cebaba más, y enredaba. Pues guerreaban en el pecho desta bienaventurada mujer estas dos aficiones, y los autores dellas hacían sus diligencias cada uno por encender más la suya; y borraba el oratorio lo que la red escribía, y á las veces la red vencía, y menoscababa los buenos frutos que la oración producía, de que resultaba agonía y congoja con que traía su alma inquieta y perpleja; que aunque estaba resuelta á ser toda de Dios, no sabía desasirse del mundo; y á veces se persuadía á poder darse á manos con ambos, de que le sucedía casi de ordinario, como ella dice, no gozar bien de ninguno; porque en el entretenimiento del locutorio ponía acibar la memoria del secreto y dulce trato que tenía con Dios; y ni más ni menos cuando con Dios se retiraba, y comenzaba á hablarle, asían della las aficiones y pensamientos que cobraba en la red.»

Martirio y bien doloroso fué el que experimentó

durante este periodo de lucha consigo misma. En la oración derramaba el Señor torrentes de luz sobre su entendimiento, y á la claridad de aquella luz conocíase imperfecta y ruin, é indigna de las mercedes que de continuo recibía. Tornaba á caer en las mismas faltas; llorábalas amargamente en la presencia del Señor, y su Majestad, como disimulando las debilidades de Teresa, doblábale con infinito amor las mercedes y regalos.

Honda pena desgarraba su generoso pecho cada vez que cometía alguna falta, y era después admitida á tratar de amistad con el Señor, el cual la recibía con brazos de amor paternal. Aquí los esfuerzos y propósitos de la Santa para no volver á caer; aquí el enojarse de su tibieza é inconstancia, y el deshacerse en amor de quien tanto le sufría.

«¡Oh Señor de mi alma!, exclama la Santa. ¿Cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicisteis? ¡Y cómo en el tiempo que yo más os ofendía, en breve me disponiades con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad tomábades, Rey mío, el más delicado y penoso castigo por medio que para mí podía ser, como quien bien entendía lo que me había de ser penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque sería bien estuviese desatinada, tornando á la memoria ahora de nuevo mi ingratitud y maldad. Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes, cuando había caido en graves culpas, que recibir castigos; que una de ellas me parece cierto me deshacía y confundía más, y fatigaba, que muchas enfermedades, con otros trabajos harto juntos; porque lo postrero vía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, según ellos eran muchos: más verme de nuevo

recibir mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible, y creo para todos los que tuvieren algún conocimiento ó amor de Dios; y esto por una condición virtuosa lo podemos acá sacar. Aquí eran mis lágrimas y mi enojo de ver lo que sentía, viéndome de suerte, que estaba en vísperas de tornar á caer; aunque mis determinaciones y deseos entonces, por aquel rato digo, estaban firmes...» (1)

Mas no se vaya á creer que tan graves eran los pecados que tanto la humildísima Madre pondera, y que la hacen aparecer á los ojos de su Majestad como la más flaca y ruin de los nacidos. Acontece que las faltas ordinarias de que los hombres, poco amantes de Dios, apenas cuidan, preséntanse á las almas bien aquilatadas con tal enormidad que espanta. Lo que unos apenas distinguen y aprecian, venlo otros, iluminados con luz del cielo, muy por menudo y de bulto. No de otra manera que cuando penetran los rayos del sol en una habitación, se ven bullir infinidad de partículas, imperceptibles á la claridad ordinaria del día. Ó también como cuando se mira un objeto con el microscopio, que se notan en él rugosidades y tachas, donde á la simple vista todo aparece terso y sin mancha. Tan limpios y claros tenía nuestra Santa los ojos del alma, que sus faltas, aunque leves, veíalas muy de relieve, y encontraba en ellas motivo bastante para confundirse y anonadarse.

El tema sobre que en estos años solía meditar era el infierno y la gloria; y más que todo, lo mucho que debía á Cristo por el beneficio de la redención. Procuraba recogerse para representarse al Señor muy en lo interior de su alma, y perseveraba constante el tiempo que tenía determinado dar á la oración, dis-

(1) Vid. c. VII.

puesta á recibir las influencias del cielo, que unas veces las experimentaba dulces y amorosas, y otras la abandonaban, para que pudiese apurar el caliz amargo de las sequedades, tristezas y desconsuelos. Y aunque, como dejamos dicho, pasó en el largo periodo de unos diez y ocho años vida sembrada de padecimientos espirituales, tampoco le faltaron de cuando en cuando los deleites y dulzuras que traen consigo la oración de quietud, y aun de unión. Precisamente esta bondad y regalo que le mostraba el Señor en medio de sus imperfecciones, era lo que martirizaba su delicadísimo y agradecido corazón, que se deshacía de pena al ver que tan mal correspondía á las finezas del amado.

Fatigada en fin de tan prolija pelea; bien conocida la cortedad de sus fuerzas propias, y desconfiando enteramente de todas sus industrias y diligencias, púsose en las manos del Señor, que al fin quiso premiar superabundantemente la constancia de su Sierva.

CAPÍTULO VII.

Efecto prodigioso que en la Santa produjo la vista de un devoto crucifijo.—Lee Teresa las Confesiones de San Agustin.—Mucvese á contrición, y recibe auxilio especial para no caer en las faltas que solía.—Cuánto aprovechó en la humildad.—Por qué causa era muy amiga de imágenes.

BIEN cimentada Teresa en la humildad y conocimiento de la propia bajeza, quiso el Señor levantar sobre tan sólidos fundamentos el edificio de la más estupenda santidad. Contaba cuarenta años, y acaeció que entrando un día en el oratorio, vió una imagen de Cristo que para celebrar una fiesta allí habían traido. Fijáronse sus ojos en las heridas y llagas de la devota imagen, que muy al vivo expresaban los dolores y tormentos padecidos por el Redentor; y al considerar aquellas heridas y llagas, fué tal la moción que experimentó su alma, que ardiendo en amor, y hecha un río de lágrimas, rasgó del todo su pecho en presencia del Hijo de Dios, dando bien ancha